JUNTA PARA AMPLIACIÓN DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

AÑO II

ARCHIVOS DE
LITERATURA
CONTEMPORÁNEA

NÚM. VI

ÍNDICE LITERARIO

JUNIO
1933
MADRID

ARCHIVOS DE LITERATURA CONTEMPORANEA

ÍNDICE LITERARIO

Publicará al año diez cuadernos, correspondientes a los meses de enero, febrero, marzo, abril, mayo, junio, agosto, octubre, noviembre y diciembre. Se propone informar puntual y objetivamente, a los estudiosos de nuestra literatura y al público en general, sobre la producción literaria española contemporánea, dando reseñas o análisis sumarios de libros de reciente aparición, incluyéndose asimismo, en su caso, en cada número de Indice Literario, trozos de las críticas más importantes que hayan suscitado en la prensa, al salir a luz, las obras reseñadas.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

España		10 ptas. (año).
Extranjero		12 » (»).
Número suelto	España	1,—
	Extranjero	1,25

CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS.—MADRID

Medinaceli, 4.

SUMARIO DEL NÚMERO VI

Páginas

1. «España en su laberinto...» 145

2. Reseñas:

a) Novela y narraciones..... 151
b) Ensayos literarios..... 161
c) Literatura para niños..... 162
d) Viajes..... 163
e) Poesía..... 164

Literatura histórica:

f) Historia literaria..... 165
g) Biografía..... 166
h) Memorias..... 171
i) Temas contemporáneos..... 173

ARCHIVOS DE LITERATURA CONTEMPORÁNEA

INDICE LITERARIO

Año II. Núm. VI. | CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS Medinaceli, 4.-Madrid. | Junio 1933.

"ESPAÑA EN SU LABERINTO..."

Ha reunido José Bergamín en este su libro *Mangas y capirotes*—Editorial Plutarco, 1933—tres ensayos sobre el teatro español del siglo XVII, que son la última consecuencia, por ahora, de un curso de conferencias dado por el autor hace pocos años en la Residencia de Señoritas de Madrid. Los tres ensayos están, merced a un entrecruzamiento de sus órbitas, en íntima relación, o dicho más exactamente, en cada uno de ellos se desenvuelve un tema central sobre un fondo de alusiones a los temas de los otros. Nos hallamos, pues, a pesar de la aparente tripartición, ante un libro de compenetrada, de rigurosa unidad.

Resulta así este volumen la empresa de más aliento que José Bergamín ha emprendido hasta ahora. Surge este escritor a la literatura en el año 1923 (tras de algunas apariciones en revistas) con su libro de aforismos el *Cohete y la estrella.* Brillaban allí ya un ingenio desaforado, una agudeza y una actividad verbal gracianescas (a pesar de su enemiga contra Gracián), y una profunda penetración, una iluminación a relámpagos de cosas y problemas, puramente intuitiva o estética. Estas mismas cualidades transfundidas en unas someras acciones dramáticas son el rasgo distintivo de sus triédricas *Tres escenas en ángulo recto* (1924) y de su *Enemigo que huye,* intensificado aquí el estelar parpadeo aforístico por la velocidad del diálogo, cortadísimo a veces, o por la acrobacia funambulesca, vertiginosa, de los versos entremezclados aquí y allá.

Un avance notable en la carrera de Bergamín señala *El arte*

de birlibirloque (1930), explicación matemática, justificación astronómica y universal del localísimo arte de torear hispánico. Aquí comienza la integración y superación del aforismo en una unidad, por el luminoso, poético («quimérico», diría el autor) entrelazamiento de los temas, variados precisamente para facilitar el punto de enlace (temas con variaciones), técnica que en *Mangas y capirotes* se proseguirá, amplificada, más tarde. Este aéreo engarce de partes al parecer inconexas, este saber perderse para encontrarse, este «intrincarse» dentro del propio laberinto, hacen de *El arte de birlibirloque* uno de los libros más ágiles y graciosos que se han escrito en castellano moderno. Porque *El arte de birlibirloque* tiene un doble sentido: por un lado es el toreo y su arte, y por el otro es el propio arte de ese escritor-torero que es José Bergamín, el gran «burlador y birlador» de la literatura española contemporánea.

Eran necesarias las anteriores consideraciones, como es necesaria la lectura de algunos de estos libros más tempranos, antes de llegar frente a las *Mangas y capirotes* de Bergamín. Porque la profunda burla poética de este escritor, cada vez más diáfana y más enmarañada, difícilmente se entrega al recién llegado.

De un modo provisional podríamos decir que *Mangas y capirotes* es al arte dramático español del siglo xvii lo que *El arte de birlibirloque* es al toreo hispánico. La gran comedia española del Siglo de Oro ha atraído desde el xviii las miradas de los críticos de todo el mundo. Unas veces se la mide con el seudoaristotélico rasero neoclásico de los Luzanes y los Nassames, otras con el contemporizador criterio post-romántico-realista de críticos aun de la talla de Menéndez Pelayo, pero siempre, salvo en el momento de magnífica intención totalizadora del romanticismo alemán, en el pormenor y en la contigencia, en lo que hay de particularista en el localismo de nuestra escena, no en su esencia y su necesidad, no en lo que hay de universal, de «católico» en su hispanidad entrañable. Por eso decíamos más arriba que *Mangas y capirotes* viene a hacer respecto a la comedia clásica de España lo que *El arte de birlibirloque* hizo con el toreo: Viene a situar, a fijar por primera vez, de un modo tan atrevido como generoso, el arte dramático del siglo xvii dentro del espacio y el tiempo universales, prescindiendo de todo lo anecdótico, lo pintoresco, la nota trivial y la erudición acarreada.

El primer ensayo de los tres que constituyen el libro lleva por título «La pura verdad por el arte de vestir al muñeco». Parte el autor aquí de la «popularidad» como ley generadora del teatro, para encontrar en seguida que teatro griego y teatro español coinciden en haber sido popularizados por la fe en lo divino, «y la fe en lo divino era para Lope de Vega, el inventor por el pueblo y para el pueblo, de este teatro, la fe católica de Cristo». Pero hay una diferencia importante—seguimos exponiendo la teoría del autor—entre teatro griego y español: para el griego «la razón era su fe»; «creía para ver lo que miraba», por eso «detenía ante las cosas su pensamiento por la mirada para creer en ellas». «El cristiano, por el contrario, ve para creer, para ver más allá de lo que mira... proyecta su pensamiento sobre ellas para traspasarlas de luz, para atravesarlas como un luminoso proyectil lanzado hacia un futuro eterno: para crearlas o poetizarlas, creándolas o poetizándolas en el tiempo». Y así, en el teatro católico español, «mientras más mira y no ve, se siente cantar en el corazón la fe». De aquí resulta que «la función poética de este teatro... es función dinámica de un movimiento en el espacio: función pura de temporalidad». En cambio, la función poética del teatro para los griegos era «de pura espacialidad, de estatismo». La simetría entre el teatro griego y el español es llevada ingeniosamente por José Bergamín a términos aún mucho más amplios. Ambos surgen de un pensamiento teológico, ambos tienen por lo menos en un momento de su desarrollo un carácter sacramental. «La tragedia griega es un acto orgiástico representativo, un acto de purificación en el que se proyecta luminosamente sobre el sueño apolíneo de lo dramático el profundo canto de la embriaguez dionisiaca: la melodía. El teatro griego fué por eso en su origen y en su finalidad, como el teatro católico español del siglo XVII, un teatro melodramático: esto es, un teatro orgiástico o sacramental».

En el segundo ensayo, «La cólera española y el concepto lírico de la muerte», parte José Bergamín de la idea de que el placer del morir es «el que ha dado la vida a toda esta poesía de la fe teatralizada o popularizada en España por Lope de Vega y Calderón, porque el placer del morir es lo único capaz de colmar esa desesperante impaciencia española de lo eterno». Y aplicando a su arbitrio unas palabras de Lope, añade: «*La cólera de un español sentado no se templa* más que a ese ritmo palpitante de eternidad en

su oído». La idea, el concepto lírico de la muerte determina, según Bergamín, la creación de un ideal de eternidad, del que es sólo reflejo la idea de la honra, que informa todo nuestro teatro. Y de ese ansia de eternidad sale también la idea de la ley, y de la volición popular de Dios, representada en el «buen rey». *(Del Cielo viene el buen Rey.)* Este ideal de eternidad, esta voluntad («Santísima voluntad») de forma del teatro español, este deseo popular de Dios, los encuentra Bergamín mejor representados que en escritor alguno en Lope, centro de nuestro teatro. En él se manifiesta mejor «esta voluntad popular española que decimos Santísima, porque es una divina voluntad de morir para vivir eternamente». «Y así todas estas comedias innumerables parecen una sola: la comedia divina y humana de la fe católica de Cristo..., porque todas ellas son *variaciones* sobre ese tema vivo de nuestra humana temporalidad y nuestra eternidad divina».

El tercer ensayo es «La Corrida de los tiempos a las luces claras de la burla». En él vuelve a tomar José Bergamín el tema de *El arte de birlibirloque.* Lope es el «burlador» por excelencia que hace «mangas y capirotes» de todo, de su propia poesía, desde luego. «De la oscura noche de los tiempos saca Lope de Vega..., como de una *manga* o *capirote* de fantástica prestidigitación celeste, todos esos mundos poéticos que nos asombran». Todo a base de la ley de la velocidad teatral, que tan bien conocía: «Hacía pasar los tiempos con fantástica velocidad, haciéndolos correr, ante nuestra vista, para burlarlos, y para birlarlos en la claridad y por la claridad de la inteligencia». «El código estético de este teatro es una verdadera sistematización imaginativa de la burla». Pero si la «burla y la birla» es característica de Lope, llega a su extremo en Tirso, más copista que Lope mismo. Y hace Bergamín un análisis sumamente original del *Burlador* de Tirso, que compara con el Leonido de *La fianza satisfecha.* Aquí se detiene el autor en rechazar la interpretación positivista, «psicofísica», de Don Juan. Don Juan toma en la interpretación de Bergamín un aspecto totalmente distinto al de lujurioso o libidinoso, que ordinariamente se le atribuye: «Lo que burla y birla el *Burlador* en su juego, no son sentimientos ni pasiones, sino ideas, un concepto moral: el honor, la honra, sin que la sensualidad ni los sentimientos hayan intervenido en lo más mínimo, o solamente en lo más mínimo...» Después, la burla «montada en cólera» en el teatro de Lope, resulta «mon-

tada al aire» en el de Calderón, como en la gran burladora de este teatro, *La hija del aire*, obra que analiza detenidamente y exalta Bergamín. Esta burla «que ilumina de racionalidad dramática este teatro», asciende con Lopistas y Calderonianos, mientras sigue imperando la ley de la velocidad. Cuando se pierde surge la degeneración, que «se desliza por el descenso tenebroso de la prudencia». Tal es lo que ocurre con Ruiz de Alarcón.

No sale bien tratado Alarcón de las manos de José Bergamín. Ha llegado, por lo visto, una segunda época de ataques para el jorobadito. Valbuena, en su literatura dramática, los inicia, y ahora Bergamín desde un punto de vista nuevo los segunda: «El teatro, tan justamente vituperado por sus contemporáneos, del intruso Ruiz de Alarcón, se nos ofrece ya tocado de esa especie de parálisis general progresiva..., por eso le silbaban en su siglo, por lo mismo que le han alabado después desde el XVIII y en el XIX los naturalistas, psicologistas y caractericistas acostumbrados».

Pero en los atentos a la ley de la velocidad, en Lope y Calderón, el cielo cerrado de la noche de los tiempos, la laberíntica escena del mundo se puebla de miles de luces que van a rendir un tributo sacramental a lo que constituye el centro teológico de esta poesía. «Hay que intrincarse en este laberinto—concluye Bergamín—que unifica la historia y la poesía españolas totalizándolas, como quería Lope y como concebía, o soñaba, Calderón. Tenemos que intrincarnos en ese poético laberinto teatral, si queremos de veras (de veras y de burlas) enterarnos y entendernos, por él, de España y de nosotros mismos».

Ojalá haya muchos españoles (y extranjeros) que quieran intrincarse en este laberinto que nos descubre José Bergamín. El teatro español habrá dejado de ser ese día un arte localista, realista y costumbrista (en el peor sentido de la palabra), para convertirse en lo que debía haber sido ya (y estuvo a punto de ser con el romanticismo, si no se hubiera interpuesto la época positiva): en una de las masas más densas, más profundas y extensas de belleza que el mundo de los hombres ha producido.

José Bergamín ha entrado valientemente en este laberinto a la luz de su fe. Porque para José Bergamín, católico (de un catolicismo arriscado y nada gregario; véanse los números aparecidos de la revista *Cruz y Raya* que él dirige), constantemente se mezclan en los repliegues laberínticos de su avance la

luz poética y la claridad de su religión formando como una única llama.

Ha entrado, además, mediante una llave maestra: la de su ingenio reflejado fielmente en su lenguaje. El inquieto pensamiento de Bergamín se pierde infinitas veces en caminos laterales de noche sombría, bucea, escapa, reaparece, vuelve, fuego fatuo deslumbrador y ligerísimo. Y su estilo en perfecto paralelismo isócrono con su pensamiento, sujeto a una presencia de elementos folklóricos que aquí y allá sin cesar afloran, virtualizador o potencializador del tópico idiomático, es también un constante perderse para encontrarse, una delicia perenne de alusiones, un enzarzarse sin término de lo inesperado, donde el viajero, si a veces se desorienta, nunca deja de sentir deleite. Porque José Bergamín es un estilista que habrá que poner al lado de los mejores maestros del arte conceptista del siglo XVII.

RESEÑAS

DE LIBROS PUBLICADOS DE MAYO A JUNIO DE 1933

A) NOVELA Y NARRACIONES

APARICIO MIRANDA (Francisco).—*La mujer de tu prójimo* (novela).—Editorial Hernando, S. A., Arenal, 11.—Madrid, 1933.—376 páginas, 8.°—Pesetas 6.

Forma el nudo de la novela la atracción que sobre el protagonista ejerce su madrastra. Este protagonista, Eduardo Abril, se ha revelado desde los años de su infancia como un carácter débil, de sensibilidad en extremo agudizada. Un día, ya mozo, tiene un altercado violento con su padre; sale de su casa, y desde entonces hace una vida de libertad absoluta por el mundo. Durante esta prolongada ausencia muere su madre, y algo después sabe Eduardo el segundo casamiento de su padre con la monja que asistiera a aquélla en su última enfermedad. Desde entonces se hacen más cordiales las relaciones entre padre e hijo, quizá por influjo de Victoria, la segunda mujer, a la que Eduardo se imagina dulce, tímida y cordial. Todo esto le hace sentir la atracción de su antiguo hogar, y un día se presenta en casa de su padre. Allí encuentra las costumbres patriarcales que él dejara, sustituídas por hábitos de refinamiento, y en la mujer de su padre, a la que se había imaginado dulce y humilde, ve una gran dama bella, joven y altiva a quien sin saber por qué empieza a odiar, bien que, de otra parte, se sienta subyugado por ella. De este modo larvado, sin percatarse de ello, va enamorándose de su madrastra. Ella, Victoria, sí se da cuenta de las reacciones sentimentales de su hijastro, y para entorpecer la marcha de esta pasión pone cerca de Eduardo a Maruja, muchacha bonita y graciosa. Eduardo siente por Maruja simpatía, pero no pasa de ahí; en cambio, está cada día más obsesionado por su madrastra, con obsesión que cree nacida de su mismo odio. Maruja, por su parte, se enamora de Eduardo, y este amor la hace clarividente, haciéndole conocer cuanto pasa por el joven. Este, al fin, huye de sí mismo, después de la brusca acometida de su pasión ante el cuerpo, que él cree dormido, de su madrastra. Aquella noche, al llegar a su cuarto, Eduardo ve sobre la mesilla de noche el revólver que su madrastra le había quitado el día de su llegada, con promesa de devolvérselo si algún día lo necesitara. Eduardo comprende el mudo mandato de la mujer, y, obediente una vez más a su fascinación, se quita la vida. Antes de que los habitantes de la casa, puestos en conmoción por el disparo,

lleguen a la habitación donde yace Eduardo, ya Victoria está allí para besar con pasión los labios del que ha muerto por ella y a quien ella también amaba. [115]

*

FERNÁNDEZ-FLÓREZ (W.).—*Aventuras del caballero Rogelio de Amaral* (novela).—Primera edición.—Madrid.—Editorial Pueyo, S. L.—Calle del Arenal, 6.—267 páginas, 8.°—Pesetas 5.

Presenta el Sr. Fernández-Flórez su nueva producción, no como obra novelesca, sino como biografía, con pretensiones de ejemplar, del caballero Rogelio de Amaral. El biógrafo, amigo y admirador reverente de su biografiado, se propone realzar, mientras los describe fielmente, algunos episodios de la vida de Amaral. La intención satírica del novelista, sin embargo, va guiando su mano. Gracias a ello, la anatomía moral del personaje biografiado se nos revela como hecha de tópicos sonoros y vacuos. Amaral es «un caballero». Y le vemos, en su mocedad, de estudiante pigre; ejerciendo luego la Medicina con ignorancia y desfachatez perfectas, o consiguiendo en Marruecos laureles con no menor desenvoltura de pícaro. Al lado del descaro, se da en él un candor risible; prueba de ello, el episodio de su matrimonio, que su biógrafo refiere con todas las tintas grotescas apetecibles. Más tarde, Amaral sabrá de las infidelidades de su mujer, pero, caballerosamente, no se dará por enterado de ellas, sin perjuicio de exigir de sus amigos que, en trances análogos, se comporten como hidalgos calderonianos. Poseído por el demonio del juego, Amaral se arruina. Una noche se juega a su mujer. La pierde. Cuando acude en su busca, descubre que acaba de fugarse con otro hombre. Corre en su persecución y da alcance a la infiel y a su raptor. Lejos de exigir a éste una reparación inmediata, le expone el grave riesgo a que se ve abocado: si su mujer no vuelve inmediatamente con él, quedará como un mal caballero, por no haber satisfecho en el término de veinticuatro horas una deuda de honor. Los culpables reconocen la evidencia de tales razones. Y Amaral paga la deuda entregando su mujer al ganador. Cuando su ruina económica es completa, un movimiento revolucionario le abre el camino de la fortuna. Amaral aprovecha los primeros momentos de indecisión para proclamarse alcalde de la ciudad en que vive. La avidez con que se asigna cuantos cargos lucrativos están a su alcance, levanta contra él al pueblo, que le expulsa de la alcaldía y de la ciudad. Pero el caballero Amaral no se da por vencido. Vuelve sobre sus pasos y habla por última vez a sus conciudadanos desde el balcón del Ayuntamiento. Es verdad que sobre ellos pesan abrumadoras calamidades. Mas todas esas calamidades desaparecerán gracias a una receta infalible que él, Amaral, va a darles: bastará con que cada ciudadano, mañana, tarde y noche, se ponga ante el espejo re-

pitiendo hasta treinta veces: «¡Qué felices somos! ¡Qué felices somos!». La fórmula es aceptada y resulta sobremanera eficaz. Por obra de su asiduo empleo cunde el optimismo en la ciudad, y Amaral conserva hasta la muerte el respeto y el cariño de sus conciudadanos. «¡Inmenso Amaral! Fué para todos como un padre...», son las palabras con que cierra su historia el biógrafo. [116]

LÓPEZ PRUDENCIO (J.).—[A B C. *Madrid, 6 de agosto de 1933.*]—*«Fernández-Flórez—no hay quien no lo reconozca y lo proclame—es uno de los grandes maestros que hoy tiene nuestra floreciente literatura en el manejo del idioma. No tiene éste secretos para él. Maneja todos sus opulentos recursos con tan insuperable habilidad como fina elegancia en la elección y aplicación de ellos para cada caso, para cada situación, para cada intentado efecto descriptivo de viva e intensa sensación. El vulgo de los lectores, absorto en los maravillosos efectos de su ingenio, fértil y lozano siempre, no suele reparar en estas singulares dotes expresivas, que tan alta participación tienen en que no se malogre un solo quilate de esta fertilidad ingeniosa. Es el ilustre escritor un insuperable maestro de la palabra. Quisiéramos que la obligada concisión de estas breves notas no nos impidiera subrayar, con reposada detención, las comprobaciones de este alto mérito de nuestro escritor, poco atendido por sus numerosos admiradores a causa de la dominadora atracción que tiene sobre ellos el encanto del ingenio humorístico.*

»Es este ingenio otra de las excelsas dotes de que nuestro escritor dispone en grado culminante. La facultad de penetrar, con sonriente, no siempre muy piadosa, pero comprensiva fruición, en las taras y lacros de las costumbres, los hábitos, los tópicos admitidos con escaso análisis por las convenciones sociales, es tan vigorosa en este escritor, que resulta temible cuando el objetivo de sus direcciones—nadie es infalible—no está certeramente elegido, o en la dirección o en el aspecto».

*

GARCITORAL (Alicio).—*Pasodoble bajo la lluvia* (novela).—Editorial Castro, S. A.—Carabanchel Bajo.—Madrid.—218 páginas, 8.°—Pesetas 4.

El Sr. Garcitoral describe en esta novela la existencia de una familia humilde, abrumada de deudas, que apenas puede mal vivir. El padre es marino mercante y además maestro de escuela, pero ambas ocupaciones no dan para sacar la familia adelante, a causa del carácter desigual e indolente del jefe de la casa. La madre, mujer resignada, enérgica y animosa, obrera en una fábrica de tabacos, lleva sobre sí todo el peso de las preocupaciones, en las que empieza a tomar parte el hijo mayor, Esteban, niño de

once años, que admira y quiere a su madre casi tanto como teme a su padre. Esteban, dotado de aguda inteligencia y afinada sensibilidad, es el que va contando, a lo largo de la obra, las amarguras de su pobre existencia. A sus ojos de niño no se ocultan los defectos de su padre, causa principal de la pobreza en que viven, ni tampoco las virtudes de su madre, que en las épocas más duras sostiene por sí sola a la familia. Él, Esteban, también ayuda cuanto puede: limpia la escuela, da lecciones más tarde, es recadero en una oficina. El niño recuerda tiempos anteriores, cuando su padre navegaba y en la casa reinaba el bienestar. Por eso, cuando el padre cierra la escuela y anuncia su propósito de embarcar de nuevo, el proyecto es acogido con alegría, porque todos esperan remediar su situación. No mejoran, sin embargo. El padre muere lejos de ellos. «La vida—dice el protagonista—se nos aparece más pesada y más ligera a un tiempo mismo. Una música... funeral nos empuja. Pero su eco se convierte en el pasodoble incompleto, pero constante, de nuestra marcha bajo la lluvia de nuestras calamidades...» Estas calamidades, las mismas siempre, no los abandonan, parece que nacieron con ellas. Hasta que Esteban inculca en su madre y sus hermanitos el deseo de emigrar a otras tierras donde la vida sea acaso más suave. Y así entran un día en la ciudad, sin que se sepa si al fin cambió su suerte. [117]

*

HERNÁNDEZ-CATÁ (A.).—*Cuatro libras de felicidad.*—Editorial Renacimiento.—Madrid.—307 páginas, 8.°—Pesetas 6.

El Sr. Hernández-Catá—cubano de adopción, pero incorporado desde los comienzos de su carrera de escritor a las letras y a la vida literaria española contemporáneas—acrece con un nuevo libro—*Cuatro libras de felicidad*—su producción de cuentista. Hasta catorce narraciones integran el volumen, que de la primera de ellas recibe su título; catorce historias en que el autor va creando ambientes diversos, presentando figuras de hombres y mujeres de diferentes razas, que viven ante los ojos del lector, en breves páginas, rápidos dramas en que a veces se condensa una vida entera. [118]

*

INSÚA (Alberto).—*El complejo de Edipo* (novela).—Sociedad General Española de Librería.—Evaristo San Miguel, 9.—Madrid, 1933.—284 páginas, 8.°—Pesetas 5.

Forman la parte primera del libro los recuerdos que va resucitando el autor de su amistad primera con Rogelio Cárcer, que ha de ser el protagonista de la novela. Le recuerda en La Coruña

juntamente con su madre Avelina, cuya juventud y belleza impresionaron al novelista, niño entonces, que la veía por primera vez. El autor de la obra y su familia llegan a España desde La Habana. En La Coruña, la primera amistad del novelista es Rogelio, con quien estudia el último año de bachillerato, viniendo después ambos amigos a hacer su carrera a Madrid. En los años que duró esta amistad—terminada a causa del brusco cambio de carácter que se opera en Rogelio—, nada pudo adivinar el autor del drama que entrañaba la vida de su amigo. De este drama, que no es otro que su *complejo de Edipo*, llega a enterarse treinta años más tarde, el día en que Rogelio llama a su puerta para poner en las manos del autor de fama, en que se ha convertido el niño que con él cursó los primeros estudios, la historia de su vida. En estas Memorias se revela el protagonista como un niño de despierta imaginación y de sensibilidad exaltada, aterrado siempre por miedos nocturnos y a quien sólo la presencia constante de su madre tranquiliza en los momentos de exaltación. De estos temores nocturnos arranca el drama de su vida, el acendrado amor del hijo por su madre, de tal manera exclusivo, que llega a sentir celos de su propio padre. Cuando éste muere, y más tarde, cuando muere su abuelo, el niño se siente feliz. «Me felicitaba—dice—de no tener hermanos y de que entre mi madre, juvenil y bonita, elegante y graciosa, y yo no existiera... nadie.» No obstante, hasta ese momento ningún elemento impuro se ha insinuado en esta adoración del hijo por la madre. Esto viene más tarde en Madrid, donde él se halla cursando su carrera. Por entonces aparecen sus sueños de «contenido sexual incestuoso», en los que para nada interviene la intención, reducidos casi siempre a soñar que es niño y que se halla en la alcoba de su madre, y en los que su conciencia aparece siempre a punto «para impedir lo inadmisible». De esta época de su vida, nos dice él mismo, lo más importante fué la revelación sexual, revelación que, al ir más tarde acompañada por el desengaño, le cierra el camino a toda pasión erótica, atándole para siempre a su gran pasión «emparedada y viva en lo más hondo y oscuro» de su alma. Cuando Rogelio se da cuenta del elemento impuro que hay en su cariño de hijo, lucha con todas sus fuerzas contra él, pero no consigue destruirlo como quisiera, sino solamente refrenarlo. En esta lucha atroz, el hijo se desvía de su madre, procura no estar con ella más que lo indispensable, en presencia de extraños casi siempre. La madre no puede menos de notar este cambio en un hijo que fué siempre cariñoso, y un día, inocente, le reprocha este alejamiento. Rogelio no puede resistir más y su pasión brota en palabras. La madre, Avelina, se aterra, y se separan. Poco después, ella se casa con Moscoso, su adorador constante a través de toda su viudez. Este segundo matrimonio, en el que ella nunca pensara, la hace madre de nueve hijos, sin que entre la madre y Rogelio vuelva a mediar más relación que la de algunas cartas dis-

tanciadas. Cuando, muchos años después, muere su madre, este hombre que fué una víctima de su complejo de Edipo, pero que triunfó de él, se supera en su triunfo y viene a ser el tutor de los hijos de su madre y de Moscoso. [119]

A[LFARO] (J. M).—[El Sol. *Madrid, 29 de julio de 1933.*]—«... *La sexología moderna se ha valido de esta fábula griega* (el mito de Edipo)—*que no de su significado sobremanera hermoso por universal—para designar una fatalidad orgánica, cuyos supuestos pertenecen por entero a la patología. La expresión «el complejo de Edipo» designa cuando menos un deseo según el cual el paciente o demente se ve empujado a emular a conciencia la propia biografía de Edipo... Por ello se colegirá el duro drama de erotismo perturbado, sin disputa el más terrible a los ojos normales, que Alberto Insúa plantea en su novela* El complejo de Edipo. *Sólo con pinzas—que también las hay literarias, o debe haberlas al menos para estos casos—se puede acometer un asunto de este orden, en cuyos pormenores hemos de ver, si entramos en pormenores, el lodo de una anormalidad atroz, complacido en mancillar, uno tras otro, los más delicados sentimientos.*

»*Alberto Insúa—adelantamos esta verdad—ha conseguido deslizar en esta obra, sin menoscabo de sus intenciones literarias, la realidad del «complejo». Para ello ha escrito una novela muy cargada de personajes familiares, muy entretenida en pinturas locales, muy decimonónica y muy de hoy también. Al fondo—o en primer término, puesto que la obra adopta la forma de memorias—, un personaje nos relata sus impresiones delicadas de infancia, adolescencia y mocedad. ¿Qué de particular tiene, según es de normal en sus comienzos, este amor del protagonista por su madre? Tal como debe darse en la realidad patológica, Insúa va descubriendo uno por uno los síntomas inequívocos del demente. Y parte por técnica novelística (sostener de continuo el interés, dejar al lector pendiente y anhelante del siguiente capítulo), parte acaso por repugnancia (repugnancia legítima a acometer el desenlace, tan terrible, de la enfermedad), el autor dilata en su novela el final obligado. Cuando llegamos a éste, un esguince de hábil novelista hurta a los ojos del lector la consumación del «complejo».*

»*Es justicia observar que un tema como éste, propio para zambullirse en él y no salir de su fango con una página limpia, le ha servido a Insúa para escribir una de sus más excelentes novelas. Personajes, fábulas, situaciones, diálogos, pinturas de ciudades a otra luz que la actual, logran un coeficiente evidente de pulcritud e interés. Aunque sea el propio paciente quien nos relate el «caso», éste corre en la novela soterrado, oscuro, casi imperceptible; si brota al final, lo hace para desaparecer en seguida, condenado por la pluma del escritor».*

*

LINARES BECERRA (Concha).—*Por qué me casé con él* (novela).—Núm. 228 de *La Novela Rosa*.—Editorial Juventud, Sociedad Anónima.—Provenza, 101.—Barcelona.—128 páginas, 8.°—Pesetas 1,50.

Al morir el hombre a quien ha considerado siempre como su padre, Marión de Santurce descubre la verdad de su nacimiento: hija de padres desconocidos, el hombre que acaba de morir y su esposa la sacaron de un hospicio, reconociéndola como hija legítima, con todas las ventajas inherentes a tal reconocimiento, cuyos efectos redundan en perjuicio de otra persona, la misma que revela a la joven su verdadera condición. El orgullo mueve a Marión a renunciar a sus bienes y derechos. Por otra parte, el egoísmo es causa de que, al ver su triste situación, desmayen los bríos amorosos de un galán que la corteja; y Marión, renunciando también al amor, decide ganarse la vida con su trabajo. Pero su belleza y lo oscuro de su nacimiento la exponen de continuo a las asechanzas de los hombres. La muchacha llega a desesperarse. Un día lee en la prensa cierto anuncio en que un extranjero manifiesta sus deseos de casarse con una española. De este modo entra en relación con lord Ricardo Forvidges y llega a ser su esposa. Una vez celebrado el matrimonio, se trasladan a Inglaterra, donde Marión conoce a la familia de su esposo y se entera de tristes intimidades. Su felicidad—no bien afirmada aún, cuando pesan todavía sobre los dos esposos recelos e incomprensiones—, se ve un momento amenazada por los manejos de una muchacha despechada, que amó en otro tiempo a lord Ricardo. Pero el amor acaba por salvar todos los escollos, y lord Ricardo y Marión, en el colmo de la felicidad, ven ésta aumentada por el espectáculo de la dicha de los que les rodean. [120]

*

LOZANO (Enriqueta).—*Mártir del alma* (novela).—Número 223 de «La Novela Rosa».—Editorial Juventud.—Provenza, 101.—Barcelona.—139 páginas, 8.°—Pesetas 1,50.

Novela que reune en sí todas las características de la novela romántica: hay en ella suplantaciones de personalidad, amores perseguidos, duelos, matrimonios celebrados en secreto, etc. Carlos Martel, músico pobre, tiene un hijo a quien adora, llamado Arturo. La casualidad hace que este músico asista en una posada a la muerte del conde de San Valerio, emigrado político que llega a España a reunirse con su esposa, que está demente, y con su hija Estrella, muy niña aún. Carlos Martel cambia sus papeles con los del moribundo, y, después que éste muere, él, dueño de los documentos que le acreditan como conde de San Valerio, llega a la que

desde entonces será su casa, donde la demencia de la joven que ha de pasar por su esposa y los cortos años de su hijita contribuyen a que nadie se dé cuenta de la suplantación. Algún tiempo después muere la infeliz demente, y Carlos Martel trata de volver de nuevo al amor de Paola, madre de Arturo, con quien había celebrado un matrimonio secreto, dejándola abandonada después. El fin que persiguió el músico al efectuar aquella suplantación de personalidad fué lograr para su hijo Arturo las riquezas del conde de San Valerio; por eso, cuando Arturo y Estrella se hallan en edad conveniente, quiere casarlos. Mas como esto es irrealizable, porque Estrella ha efectuado ya su matrimonio secretamente, Martel, desesperado y vengativo, hace creer que está loca y la encierra en un manicomio, aprovechando la ausencia del esposo de Estrella, Mauro de Sandoval. Cuando éste regresa, después de una corta ausencia, y se encuentra con el nuevo estado de cosas, hace cuanto está en su mano para libertar a Estrella de su cautiverio. La muerte de Carlos Martel, que ocurre por entonces, facilita sus propósitos, y Estrella sale del manicomio para vivir feliz con su esposo, eficazmente ayudados ambos por Arturo, que siempre amó a Estrella, y por Paola, madre de Arturo y esposa de Carlos Martel, que nunca transigió con la especial moralidad de su marido. [121]

*

MADRID (Alfonso).—*Hoja de otoño* (novela).—Nuevas Gráficas.—Madrid, 1933.—200 páginas, 8.°—Pesetas 4.

Afirma el novelista, en el prólogo de su obra, que ésta es fiel trasunto de la realidad vivida por personas que él conoció en otro tiempo, y con algunas de las cuales mantuvo relaciones de amistad. *Hoja de otoño* desenvuelve la dolorosa existencia de Rosarito Díaz, que, casada con un hombre sin moral y sin escrúpulos, ve cómo, a poco de casarse, la fortuna por ella aportada al matrimonio se deshace entre las manos del marido, vago y derrochador. Por otra parte, la madre y los hermanos de Charito evitan en lo posible su trato, para de este modo mantener a distancia a Ricardo, que los abruma con sus continuas peticiones de dinero. Sin fortuna ya, y sin la ayuda de su familia, Rosarito, para hacer frente a la miseria que se enseñorea de su casa, se ve obligada a trabajar, primero como manicura, dando lecciones de piano después, y por último, durante un verano, se convierte en señorita de compañía de la «entretenida» de un torero de fama. Cuando Charito regresa a Madrid, se encuentra con que su marido se ha marchado a Africa. Dirígese entonces a su madre en busca de protección; pero esta señora, dando oídos a la calumnia que se ha

cebado en la fama de Charito durante su ausencia, la echa violentamente de su casa, y Charito acaba su existencia sola, según se desprende de las líneas del prólogo ya citado. [122]

*

MARTÍNEZ ALONSO (Isidoro).—*Marta y Susana.*—Rafael Caro Raggio, editor.—Mendizábal, 36.—Madrid, 1933.—78 páginas, 8.°—Pesetas 2,50.

En esta novela tratada en forma lírica, el autor, eludiendo la descripción y la narración directas, acude al artificio del monólogo y recoge así las sugestiones que han despertado en la sensibilidad del protagonista de su obra Marta y Susana, las dos figuras de mujer que se han sucedido en su amor. La primera parte, «Marta», está dedicada a la mujer que lleva este nombre y a las evocaciones de su amor, así como la parte segunda gira en torno a Susana, hermana de Marta. Susana, pálida y enferma, muere pronto. El personaje masculino se duele de la falta de un retrato que perpetúe los rasgos de la muerta, y él mismo trata de construir ese retrato buscando los rasgos de Susana en el rostro y el cuerpo de Marta, a quien sólo le faltan los cabellos rubios y el vestido azul de aquélla. A la vuelta de una breve ausencia, encuentra a Marta rubia, vestida de azul, con lo que viene a ser de este modo Marta y Susana en una sola mujer. [123]

*

PÉREZ Y PÉREZ (Rafael).—*La Señora* (novela).—Número extraordinario de «La Novela Rosa».—Editorial Juventud.—Provenza, 101.—Barcelona, 1933.—175 páginas, 8.°—Pesetas 2.

El autor traza en esta novela un cuadro de costumbres de un lugar de la provincia de Alicante. Sobre fondos de paisaje, en unos casos, o en el marco que forman las antiguas casas solariegas, en otros, desfilan los variados aspectos de la vida rural: las preocupaciones de los labriegos por el estado del tiempo y por las cosechas, luchas caciquiles, murmuraciones, etc. En medio de esta vida lugareña se desarrolla la trama novelesca de la obra, de la cual es figura central Doña Leonor Descals de la Pontera, *la Señora,* como la llaman en el pueblo respetuosamente. Esta señora, adinerada e intrigante, tiene dominado al pueblo en el orden político. Dentro de su familia, este afán de dominio la lleva a querer imponer a su sobrina María Teresa un matrimonio de

interés. La joven, aun repugnándole el proyecto, y todavía más la persona del candidato a su mano, quizá hubiera llegado a aceptar tamaño sacrificio en aras de la felicidad familiar. Pero no es necesario. El amor viene a redimir a la muchacha en la persona de José María Descals de la Pontera, mayorazgo de la familia, que se prenda de su prima y la hace su esposa, con gran satisfacción de la Señora, que abandona sus hábitos de dominio al suave influjo de José María, su sobrino, en cuyas manos deja la dirección política del lugar. [124]

*

VILLASECA (Rafael).—*Las brujas de Montecarlo.—Bocetos venecianos.—Las horas de Florencia y otras peregrinaciones.*—José María Yagües, editor.—Madrid, 1933.—299 páginas, 8.°—Pesetas 5.

Bajo el título común de *Las brujas de Montecarlo* se agrupan en este libro las impresiones de viaje del autor a través de distintos países. Uno de los lugares por él visitados es Montecarlo, adonde llega juntamente con sus compañeros de viaje, entre ellos alguna «vieja hermética», que luego, en el casino, ante las mesas de juego, ha de amontonar sus apuestas. Estas viejas son las brujas de Montecarlo, que acuden allí desde los lugares más apartados de la tierra. Sucesivamente nos va dejando el autor sus recuerdos de Milán, Venecia, Florencia, Pisa, París, algunas ciudades de los Pirineos, etc. De todas ellas señala su característica actual en paisaje, edificios, etc., sin descuidar la emoción artística que muchos de estos lugares tienen para el lector. Así, Milán, inseparable de Leonardo de Vinci; Venecia, llena de recuerdos históricos del tiempo de los Dux. En Florencia es inevitable la visita al convento donde se halla el Museo de Fray Angélico, y en la misma ciudad se ofrecen por doquier sugerencias de los Médicis, del Renacimiento y de la obra de Miguel Angel, Boticelli, Dante, etc. En las «Notas de París» se contienen datos acerca del Barrio Latino, una visita a los cementerios parisienses, y se señala asimismo a grandes rasgos la obra de algunos artistas españoles establecidos en París. Cuenta también en esta obra el autor la entrevista que tuvo en el palacio madrileño del Duque de Alba con Howard Carter, el descubridor de la tumba de Tut-Ank-Amen, merced a lo cual llegan al lector detalles de aquel importante descubrimiento. Finalmente, en forma dialogada, fingiendo una conversación con cierta persona recién llegada de Rusia, se trazan en breves líneas varios aspectos de la Unión soviética. [125]

B) ENSAYOS LITERARIOS

BERGAMÍN (José).—*Mangas y capirotes* (España en su laberinto teatral del XVII).—Editorial Plutarco.—1933.—223 páginas, 8.°—Pesetas 6.

V. ÍNDICE LITERARIO, II, núm. VI, págs. 145-150. [126]

A[LFARO] (J. M.).—[El Sol. *Madrid, 28 de julio de 1933.*]—«*...La razón era una pasión para el griego: una pasión humana*»—*dice José Bergamín en* Mangas y capirotes—. «*La pasión es una razón* »*para el cristiano: una razón divina. De este modo se le representa-*»*ba al griego en su teatro una verificación de la muerte por la ra-*»*zón, que es el desesperado y desesperante sentimiento trágico de* »*la vida, como le ha llamado Unamuno: mientras que al español* »*del XVII lo que se le representa en su teatro es una verificación de* »*la vida por la fe, que es una esperanzada y esperanzadora concep-*»*ción lírica de la muerte*». *En la alternativa de las frases anteriores se encuentra la médula del poético correr de Bergamín a lo largo de nuestro teatro del XVII, ya que Bergamín, al adentrarse en su laberinto, hace de cada uno de sus pasos carne de poesía; carne y sangre—cabría añadir—de la poesía, que apasionadamente le va ganando el terreno.*

»*En* Mangas y capirotes, *pues, se juega a la poesía y por la poesía. El libro se ofrece a su final como un total de poéticas exégesis. Quien ha conducido el hilo del laberinto es la poesía, y, por tanto, la razón que se desprende grávida es la poética. De ahí la dificultad, la resistencia del libro, que no se ofrece sino a aquel que entra ganado por la pura vocación de una poesía que hace de todo «mangas y capirotes».*

*

ORTEGA (Teófilo).—*Brand, hijo de Ibsen.*—por...—Biblioteca Nueva.—Lista, 66.—Madrid.—39 páginas, 8.°—Pesetas 2.

Al frente del folleto *Brand, hijo de Ibsen* recoge el autor una anécdota del dramaturgo escandinavo a propósito de su *Brand.* En el ensayo general de la obra, Ibsen encuentra su poema dramático hermoso, pero de difícil comprensión; sólo Dios y él, el autor de la obra, alcanzan su sentido. Mas al salir del estreno rectifica: su obra es, en realidad, hermosa, pero más difícil de lo que hasta ese momento se le había aparecido a él mismo; fuerza le es reconocer que sólo Dios puede entenderla. D. Teófilo Ortega no aspira a entenderla, sino a iluminar, en los nueve breves ensayos que inte-

gran su *Brand, hijo de Ibsen,* a proyectar otros tantos hacecillos de luz sobre el gigantesco personaje ibseniano, en torno al cual pasea sus intentos de interpretación divagatoria, confrontando a Brand con una parábola del Evangelio según San Mateo, o con el paisaje castellano, señalando, frente a las hormigas que son los más de los hombres, las heroicas virtudes del gigante Brand, pero también su falta capital: «para llegar hasta Dios en la tierra —escribe—, para conducirle en sus labios y transportarle en su conducta, le faltó a Brand eso: caridad.» [127]

C) LITERATURA PARA NIÑOS

RODRÍGUEZ «CASONA» (Alejandro).—*Flor de leyendas.*—Lecturas literarias para niños por...—Premio Nacional de Literatura 1932.—Ilustraciones de Rivero Gil.—Primera edición.—Espasa-Calpe, S. A.—Madrid, 1933.—194 páginas, 8.° (cartón).—Pesetas 2,50.

Al componer su *Flor de leyendas* con destino a los Concursos nacionales de Literatura, en que ha obtenido el premio, ha buscado el autor, según declara en las «Palabras preliminares» de su obra, *hacer un libro de lecturas literarias, atento a la escala de intereses del niño, y guión de su educación y cultura estética.* Por sabido que las obras maestras de la literatura universal pueden ser acercadas al alma del niño. Pero las más de las veces, como señala el autor de *Flor de leyendas,* ese acercamiento, en su realización, *ha ido a estrellarse contra cualquiera de los dos más visibles peligros que lo bordean.* El primero de ellos está en no pasar de la mera antología, de ofrecer al niño fragmentos sueltos de *la alta literatura con absoluto respeto de la forma original.* De donde se sigue, para el lector infantil, considerable merma, cuando no total anulación, de *el interés del contenido.* El riesgo contrario está en que quien acomete la composición de un libro de lectura para la infancia se limite *a contar para los niños las grandes fabulaciones literarias, desnudándolas de todas sus galas formales y reduciéndolas al frío relato de argumentos, sin vida ni paisaje, sin desarrollo adecuado y sin estilo.* Por su parte, el Sr. Rodríguez «Casona» emprende *un nuevo intento: el de síntesis literarias que conserven, con la trama de la fabulación, su sentido y su esencia, el ritmo y tono del lenguaje, equilibrando en estudiada medida la acción y el ambiente.* Los materiales sobre que ha operado con este propósito en su obra ha ido a tomarlos al tesoro de la literatura antigua y medieval, escogiendo sus momentos y realizaciones de más acabada belleza, fijando su elección conforme a *los tres grandes ciclos de interés que se escalonan sucesivamente en la historia espiritual de*

los pueblos, y que, por otra parte, van dándose parejamente, traspuestos al plano de lo individual, en la evolución del alma pueril. Reflejando este criterio, señálanse en *Flor de leyendas* tres diferentes partes, a saber: 1.° LO MARAVILLOSO. Ciclo primitivo. Cosmogonías, magia, mitos; en el alma infantil: *primer interés estético del niño ... fantasía sin freno de realidades analizadas, inerte y contemplativa, vagamente esperanzada en lo imposible.* En las páginas del libro halla este ciclo cabal expresión en las narraciones: «El anillo de Sakuntala»—trasposición a forma narrativa del drama del viejo poeta indio Kalidasa—, «Nala y Damayanti»—episodio del *Mahabaratha*, de Vyassa—, «La muerte del niño Muni»—tomada del *Ramayana*, de Valmiki—, la «Historia del pájaro que habla, del árbol que canta y del agua de oro», de *Las mil y una noches*, y «Lohengrin», la leyenda medieval del Caballero del Cisne. 2.ª LOS HÉROES. *Ciclo del ímpetu y de las literaturas épicas: edades de exaltación humana, de lucha y de conquista*, a que corresponde, en la vida del niño, *la segunda etapa de crecimiento, de eclosión física y de interés predominante por la acción, el movimiento y la aventura.* Ilustran este ciclo segundo leyendas que van poco a poco *desprendiéndose del lastre maravilloso, desde* la Ilíada («Héctor y Aquiles») *y* Los Nibelungos («I.—Sigmundo. II.—Sigfrido y el Dragón. III.—Amor y muerte de Sigfrido»), *resueltos aún entre mitologías, y a través de los* Cantares del Cid («El destierro de Mio Cid») y de Roldán, *sobriamente humanizados ya, hasta el heroísmo democrático, sin deslumbres de cortejos bélicos, como en el* Guillermo Tell *de Schiller*—de que incluye *Flor de leyendas* un animado resumen. La tercera y última parte del libro («Dioses y gigantes») nos da, con el fragmento de *Los Héroes* de Carlyle que lo forma, una muestra del *Ciclo alegórico*, según lo denomina el seleccionador: *Literatura de apólogos y formas indirectas, de símbolos y ejemplarios, encaminada a la lectura reflexiva y en busca del comentario y la interpretación.* El libro entero cumple el programa apuntado en sus «Palabras preliminares», respondiendo, como en éstas se promete, en la selección y ordenación de los textos, a *un criterio estrictamente pedagógico, y en su realización, a la más pura disciplina literaria.* [128]

D) VIAJES

MARTORELL TÉLLEZ-GIRÓN (Ricardo).—*Trece crónicas de viaje por China, Mongolia, Japón, Filipinas, Bali, Siam y la India.*—Ilustradas con 97 grabados en el texto y 31 láminas.—Estanislao Maestre, editor.—Pozas, 14.—Teléfono 13713.—Madrid, 1933.—485 páginas, 8.°—(S. p.)

El Sr. Martorell ha dejado registradas en estas trece crónicas

sus impresiones de viajero por diversos países. Estas crónicas son en sí muy variadas, pues abarcan desde las impresiones puramente de paisaje hasta aquellas otras que hacen referencia a costumbres características de los pueblos visitados o a su grado de cultura y civilización. Esta diversidad se echa de ver tomando al azar cualquiera de las «trece crónicas». Así, «Una visita al Pancha Lama», nos pone en contacto con una de las religiones más antiguas profesadas en China, mientras «Jardines Chinos» nos habla del grado de perfeccionamiento que este pueblo ha alcanzado en el arte de la jardinería. Es particularmente interesante todo lo que se refiere al Japón, del cual da el libro del Sr. Martorell numerosas noticias acerca de su espíritu tradicional, del especial concepto del amor en este país, concepto que va variando merced al influjo del progreso occidental, que ha alterado las viejas costumbres niponas. Otros pueblos menos conocidos, como el ainú o el de los igorrotes, están comprendidos asimismo en estas crónicas. Termina el autor su recorrido en la India, con notas varias, entre otras, las que hacen relación al movimiento iniciado por Gandhi contra Inglaterra. [129]

E) POESÍA

DICENTA [Joaquín (hijo)].—*El corazón viajero.*—Poema del recuerdo.—Editorial Latomia.—Imprenta Sáez Hermanos.—Martín de los Heros, 65.—Madrid, 1933.—137 páginas, 8.°—Pesetas 4.

Poema del recuerdo, itinerario sentimental revivido líricamente en la memoria, la nota en él predominante es—como suficientemente indican título y subtítulo—la elegíaca y amorosa. El centenar de composiciones que integran el volumen aparece repartido en secciones de extensión y características diferentes. En casi todas ellas se advierte constante, sin embargo, una línea central, verdadera médula poemática de la obra, desarrollada en una serie de sonetos—de once o de catorce sílabas, en versos octosílabos a veces—, ligados entre sí por la unidad de tono y un evidente encadenamiento de temas, y, paralelamente a ella, una sucesión—en que la continuidad es menos patente—de poesías más breves, más libres también en el aspecto formal, a modo de rápidas notas poéticas que apresan y fijan, como al margen del poema mismo, imágenes, apuntes de paisaje, reflexiones del poeta. No se limita éste, por otra parte, en el dilatado monólogo elegíaco que constituye el espinazo lírico de su obra, a rememorar monótonamente el amor perdido. En su poema reconstruye, como ya queda dicho, sus pretéritas andanzas sentimentales, cruza paisajes concretos o los ve

huir desde la ventanilla del tren o de la diligencia, atraviesa pueblos y tierras bajo la noche o a las luces del crepúsculo, se detiene ante el mar o recorre caminos, en diálogo con una sombra, y hace de todo ello el escenario animado, vivo, de su poesía, incorporando a su sentimiento las voces, los fugaces contornos, con todas las sugerencias del mundo que ahora resucita en el recuerdo, dolorosamente, *El corazón viajero,* resumiendo al fin, en las cuatro composiciones que cierran el poema, las solas y amargas «enseñanzas del camino». [130]

*

IRIARTE (María Luisa de).—*Romances de amor antiguo y otras composiciones.*—Editorial Reus, S. A.—Preciados, 1 y 6.—Apartado 12.250.—Madrid, 1933.—95 páginas, 8.°—Pesetas 5.

Poesía apasionada e ingenua a la vez, expresada en verso rico en imágenes e informado por las más modernas corrientes líricas castellanas. La nota amorosa es la que con mayor insistencia resuena en sus páginas; pero al lado de ella encontramos también otras—poesía del paisaje, de la luz y el sonido, etc.—que acaban de dar su fisonomía a este primer libro de versos. En cuanto a la forma, la autora emplea de preferencia el romance y la décima —no la décima clásica, sino la trasplantada modernamente por Jorge Guillén a la poética española—, vertiendo otras veces su inspiración en formas libres, usando de la misma libertad en lo que a la rima se refiere. El libro va prologado por D. Luis Jiménez de Asúa. [131]

LITERATURA HISTÓRICA:

F) HISTORIA LITERARIA

AMIGOS DE ZORRILLA (Valladolid).—*Colección de artículos dedicados al poeta.*—Imprenta Castellana.—Valladolid, 1933.—134 páginas, 8.° m.—(S. p.)

La agrupación de «Amigos de Zorrilla», poco hace constituída en Valladolid, rinde su primer homenaje a la memoria del poeta con la publicación de este volumen. Intégranlo diversidad de ensayos en torno a la obra y la vida de D. José Zorrilla, debidos unos a autores de lengua española (Francisco de B. San Román: *Zorrilla en la Universidad de Toledo;* Angel G. Palencia: *Sobre* El Vapor, *periódico de Barcelona;* José A. Rodríguez García: *Casos de los* Re-

cuerdos *de Zorrilla, que tocan a Cuba;* José M. de Cossío: *El tema de* Margarita la Tornera *en la tradición popular;* Eduardo Juliá: *Toledo visto por Zorrilla;* Narciso Alonso Cortés: *Zorrilla y «Clarín». Zorrilla y Velarde. El padre de Zorrilla en la Audiencia vallisoletana;* Joaquín de Entrambasaguas: *La leyenda de Rosamunda),* y otros a la pluma de eruditos extranjeros (Alfredo Giannini: *Recuerdos e impresiones italianos en José Zorrilla;* E. Allison Peers: *Zorrilla y Víctor Hugo;* L. Pfandl: *Wie Johannes Fastenrath den Don Juan Tenorio uebersetzte;* Jean Sarrailh: *Notas sobre* Sancho García *y* Sofronia). Cierra el volumen una lista de los donativos (autógrafos del poeta, documentos y obras referentes al mismo, muebles y otros objetos) hechos a la «Casa de Zorrilla». [132]

G) BIOGRAFÍA

NOVÁS CALVO (Lino).—*Pedro Blanco el Negrero* (Vida novelada de Pedro Blanco Fernández de Trava).—Vol. 7 de la Colección «Vidas Extraordinarias».—Espasa-Calpe, S. A.—Madrid, 1933.—254 páginas, 8.° m.—Pesetas 8.

La vida del pirata negrero malagueño Pedro Blanco, tal como nos la presenta Lino Novás Calvo, justifica plenamente su inclusión en una serie de existencias extraordinarias. Por su riqueza de peripecias y accidentes, por la variedad de tipos que desfilan página tras página y, sobre todo, por presentarnos en torno al personaje central uno de los más impresionantes y dramáticos aspectos que la historia de la codicia humana, traspasados ya los límites del comercio honesto, puede ofrecer en el transcurso de los tiempos: la trata de negros en los primeros años del siglo XIX. Pedro Blanco nació en Málaga; recibió de un dómine unas cuantas lecciones de geografía y latín, y un tío suyo, protector del muchacho, le hizo asistir a clases de la Escuela Náutica. Pero, ya desde niño, la afición a mezclarse con marineros y contrabandistas parece marcar el rumbo de su destino, y lo decide bruscamente un escándalo que estalla en la familia y que determina todo el futuro de Pedro Blanco. Su hermana Rosa, con la que vivía Pedro en gran intimidad y que no había tenido novio alguno, aparece un día encinta. Todo se descubre y Pedro huye, dejando abandonada y marcada de infamia entre las gentes a su hermana Rosa. Ya no le queda más recurso que el que le ofrecen los caminos del azar. Se embarca como polizón en un velero; vive protegido por una mujer, a quien encuentra en el barco, unos días en Barcelona; pero él no está hecho para aquella vida, y un día se escapa y comienza su aprendizaje de aventurero, rodando de barco en barco, de puerto en puerto, por Tánger, Baleares, Palermo, en contacto con gentes

de la peor condición, a cuyos usos y peligroso modo de vivir se acostumbra fríamente. Pronto comienza a conocer los barcos negreros, y después de un viaje a Terranova, repleto de riesgos y adversidades, en que se va templando cada vez más la energía del muchacho, entra éste en Lisboa en relación con uno de los centros de trata de negros, dirigido por una extraña mujer, María Cruz, que ha de jugar un papel importante en su vida. Pedro se embarca en un negrero y va rumbo a Africa, y en Ajuda contrae unas fiebres y allí es abandonado por su compañeros. Entra de contador de un singularísimo personaje llamado Cha-Cha, brasileño y analfabeto, dueño de una de las factorías de mayor importancia en Africa, verdadero reyezuelo con ejército, harenes, etc., y que lleva una vida entre bárbara y refinada. Blanco hace un viaje al Dahomey y observa cómo se reclutan las manadas de negros para la trata. Descontento de la vida sedentaria, embarca en «El Veloz», y comienza ya así su experiencia directa de los barcos negreros. Toda la vida de Blanco es una ininterrumpida serie de dramáticas peripecias, a través de las cuales su temperamento paciente, resuelto y enérgico, de espantosa crueldad a veces, se afirma camino de la meta que se ha trazado: capitán de barco negrero. Por fin logra serlo, pero su ser de aventura y su codicia no se detienen ahí. Sus expediciones de negrero no son, en varios casos, sino un modo de disfrazar aventuras de piratería. A Blanco le atrae más robar negros que comprarlos. La biografía está sembrada de trágicas escenas donde las cargas de carne negra son maltratadas con feroz crueldad, víctimas de castigos o de enfermedades que a veces los devoran a todos; de abordajes y luchas entre piratas y negreros; de persecuciones, por los cruceros ingleses, de los barcos destinados a la trata, pues el infame comercio se va haciendo cada día más difícil. Pedro Blanco vence todos los obstáculos, logra sus ideales, dirige expediciones. Pero aún le queda un paso que franquear en su vida. Hacia 1822 se establece en el estuario de Gallinas, en la costa de Africa, uno de los centros donde están instaladas factorías para la compra de negros del interior y su traspaso luego a los barcos que vendrán a buscarlos. Parece como si Pedro Blanco quisiera acercarse cada vez más a la entraña misma de este terrible tráfico, a su materia primera. Durante algunos años lucha con tenacidad y energía incalculables, para afianzar su prestigio, con comerciantes rivales y con jefes de tribu; pero poco a poco se convierte en el más poderoso señor de la costa, organiza un pequeño ejército, adopta un sistema de señales a la moderna, tiene barcos propios, crea, en suma, un pintoresco imperio minúsculo. Como supremo reconocimiento de su poderío, pide la mano de Elvira, la hija de aquel otro famoso reyezuelo negrero, Cha-Cha, de quien había sido contador. Cha-Cha, al concedérsela, acata implícitamente la superioridad de su antiguo criado. La factoría de Gallinas conoce una época de prosperidad, a pesar de la lucha cada día más severa de los cruceros ingleses contra el co-

mercio de negros. Pero la estrella de Pedro Blanco va declinando. Hace venir de España a su infortunada hermana Rosa; mas, a pesar de que la instala suntuosamente, languidece en aquel ambiente enervante y triste, y cuando ya Pedro ha decidido abandonar todos sus negocios y retirarse a Cuba con ella y con la hija que ha tenido de Elvira, Rosa muere. Pedro hace que preparen su cuerpo como el de una momia, y con ella y con la niña escapa un día de Gallinas y de toda su vida anterior. Permanece en Cuba algún tiempo, y entre tanto los cruceros ingleses entran en la factoría de Gallinas y destruyen en algunas horas todo aquel efímero imperio negrero. En 1843 se nombra a Pedro Blanco Intendente de la Armada Española, aunque pronto le retiran los honores, y muere el fantástico aventurero en su torre del barrio de San Gervasio, en Barcelona, después de dos años de locura, con la camisa de fuerza puesta.

La biografía, novelada como reconoce el autor, reune hábilmente todo un sentido literario de la aventura, de la peripecia movida y atractiva, con una constante impresión de extravíos y bajezas morales que crea una atmósfera opresora y densa en todas las páginas de la obra. Tipos como el de María Cruz, el de Mongo John, de Cha-Cha, de los tratantes de Cuba, verdaderos anormales, cruzan, como otras tantas interferencias de vidas nada ordinarias, ésta de Pedro Blanco el Negrero. [133]

*

VILLAURRUTIA (Marqués de).—*Cristina de Suecia.*—Volumen 8 de la Colección «Vidas Extraordinarias».—Espasa-Calpe, S. A.—Madrid, 1933.—269 páginas, 8.°—Pesetas 7.

Con *Cristina de Suecia,* publicada después de su muerte, proyectaba el marqués de Villaurrutia cerrar la serie de sus estudios sobre mujeres de antaño. El biógrafo hace protestas, desde el primer momento, de que no va a escribir ni un panegírico ni un libelo, y, por otra parte, de que su libro tendrá más de historia que de novela. Así, cada paso de su relato está cuidadosamente apoyado en testimonios fidedignos. La figura de la reina de Suecia atrae desde el primer momento por sus contradicciones, por su voluntad férrea unida a un ánimo tornadizo, por su entendimiento y entereza varoniles en un cuerpo de mujer histérica y escasa de gracias físicas. Al nacer, en la noche del 8 de diciembre de 1626, su cuerpo renegrido y cubierto de vello, sus broncos vagidos, hacen que las damas que asisten a la esposa de Gustavo Adolfo tomen por varón a la recién nacida, y así corren a comunicárselo al padre. Este, deshecho el error, toma en brazos a su hija diciendo: «Espero que esta niña ha de valer algún día tanto como un hombre, y que ha de ser lista, pues que así nos ha engañado ya a

todos». Desde ese momento, todo su empeño está en hacer de su heredera «la Semíramis del Norte». Cristina cobra ya en sus primeros años creciente aborrecimiento a las ocupaciones y trajes propios de su sexo, demostrando, en cambio, extraordinarias aptitudes para los deportes viriles—hasta llegar a ser el mejor jinete de Suecia—y para el estudio de las lenguas y de las ciencias. Huérfana a los seis años, la educación que recibe no hace sino acentuar sus hombrunas inclinaciones. Aplícase con verdadero frenesí al estudio y a los ejercicios físicos, consagrando hasta doce horas diarias al trabajo intelectual y durmiendo apenas. Al mismo tiempo que la ambición y que el ardor erótico, apunta tempranamente en ella la aversión al matrimonio. Declarada mayor de edad a los dieciocho años, desde el primer momento tiende a desarrollar una política propia y a imponerse a cuantos la rodean. Promete respetar las leyes y mantener en sus reinos la religión luterana, pero se resiste a las indicaciones del Senado en el sentido de que tome esposo, declarando que aún no sabe qué hará hasta ceñir la corona, cuya sucesión promete, de todos modos, al marido que le proponen—su primo Carlos Adolfo. Entrada en su mayoría de edad, llama a su Corte a sabios de toda Europa—entre ellos, al filósofo Descartes—, y, por otra parte, se entrega a devaneos amorosos. La maledicencia señala, incluso, entre sus sucesivos amoríos, los que tuvo con alguna de sus damas. En el fondo de su espíritu va apartándose poco a poco del pietismo luterano. La casualidad hace que conozca a un jesuíta portugués, Antonio Macedo. Sus conversaciones con el jesuíta la llevan al catolicismo. El rey de España, Felipe IV, no deja pasar la ocasión, y ayuda a ganar para el catolicismo a Cristina, enviando a ésta un embajador extraordinario, D. Antonio Pimentel de Prado. Tras una serie de forcejeos con sus consejeros, la reina, reservándose determinados derechos y pingües rentas, acaba por abdicar en 1654, pasa a Flandes, abjura el protestantismo en Innsbrück, y va a establecerse en Roma, donde es recibida con gran fausto. En la Ciudad Eterna encuentra decidida protección por parte del Papa, y, sobre todo, la que había de ser la gran pasión de su vida: el cardenal Azzolino. Este, hombre de grandes dotes, logra contener los entusiasmos de Cristina dentro de los límites de una intachable amistad. Lo que no siempre acierta a contener es su arrogancia y sus pretensiones. Cristina ha renunciado a la corona de su pueblo por ser incompatible con la nueva fe que ha abrazado y a la que ha de guardar, mientras viva, ahincada fidelidad; pero, al mismo tiempo, pretende que en Roma se le reconozcan preeminencias y derechos de reina, y, por otra parte, intriga sin descanso, empeñada en mover los hilos de la política universal: interviene en elecciones pontificias, se presenta como candidata a la corona de Polonia, hace de mediadora entre el Papa y el rey de Francia, u ofrece simultáneamente a éste y al de España sus servicios. Sus caprichos y violencias están a punto de acarrearle serios disgustos en más

de una ocasión, como en el caso en que, dando oídos a ciertas acusaciones contra uno de sus servidores—Monaldesco—, se erige en juez del mismo, y lo hace asesinar en el patio de su palacio, en el curso de un viaje por Francia. No le basta, sin embargo, con los halagos de Roma, donde cuenta siempre con la protección de los papas. Por dos veces vuelve a Suecia, con exigencias y reclamaciones, por toda satisfacción de las cuales recibe «tribulaciones y desengaños que ella, siempre ilusa, convertía en purísima gloria y resonantes triunfos». No son mucho más provechosos sus dos viajes por Francia. Entre unos y otros, su vida transcurre en Roma, donde reune en su palacio una academia frecuentada por cardenales, sabios y diplomáticos. Un curioso episodio de sus últimos años es su amistad con Molinos, el español padre del «quietismo». Molinos es condenado por la Inquisición, y Cristina se aparta a tiempo de la amistad del hereje—al que, por lo demás, envía a la prisión, durante su proceso, ropas y comida. En 1689 cae en cama con un fuerte ataque de erisipela, que la pone a dos dedos de la muerte. Consiguen salvarla los médicos; pero, no bien repuesta, recae a consecuencia de un disgusto. La erisipela se complica con una pulmonía, y poco después muere Cristina, que es enterrada con gran pompa, ostentando corona y cetro. En su testamento disponía se le diese humilde sepultura. A pesar de ello, el papa Inocencio XI—con quien no había estado en muy buenas relaciones Cristina, que, entre otras tachas, le ponía la de tacaño—, ordenó que el cuerpo de la un día reina de Suecia fuese trasladado a la Basílica de San Pedro, donde se le erigió un suntuoso sepulcro, como a hija fiel de la Iglesia. [134]

P.—[El Sol. *Madrid, 28 de junio de 1933.*]—«*... Con mil fisonomías entra en la posteridad la reina (Cristina de Suecia). Obra maestra de maquiavelismo se dice que fué su obra. Obra aquí vale tanto como vida. Quien se documente sobre ellos en las epístolas al cardenal Azzolino, que el baron de Tild dió a la estampa, atemperará su juicio. La diversidad de númenes que Cristina capta desde su adolescencia no consiente veredictos sumarios. El marqués de Villaurrutia se aficionó a esta vida, en la que supo destilar con el mismo deleite bálsamos y venenos. Que el moralista juzgue después, pero que el historiador no se le adelante.*

. . . . . .

»*El marqués de Villaurrutia había tratado de Cristina en otro tiempo. Revolviendo papeles, encontró en el archivo de la Embajada de España uno que tenía por rótulo: «Origen de los disgustos de la reina de Suecia con los españoles el año de 1666».*

»*Publicó y anotó Villaurrutia este papel en un libro sobre «Cosas de Italia», aderezado con la salsa de los archivos de Barrionuevo, aunque no sean siempre fidedignos.*

»*Despierta mi curiosidad—escribe el inolvidable embajador y*

»académico—, leí después mucho de lo que se ha escrito y publica»do sobre la reina de Suecia, y, por último, para poner en claro el »incidente relativo a su disputa con D. Antonio de la Cueva, su »caballerizo mayor, y su ruptura con los españoles, acudí al Archi»vo general de Simancas, tesoro inagotable e indispensable para el »conocimiento de la historia patria en el reinado de Felipe IV. En»contré en Simancas los datos que buscaba...» (etc.)

»Narra Villaurrutia cuanto ocurrió a la reina, y pone al servicio de la empresa las cualidades que la singularizaron: sabiduría, don de observación, acuidad y desgaire...»

H) MEMORIAS

COLL (Andrés).—*Memorias de un deportado.*—Con 16 fotografías y dos planos.—Aldus, S. A. de Artes Gráficas.—Santander.—221 páginas, 8.°—Pesetas 6.

El autor, arcipreste en Málaga, figuró entre los detenidos y deportados luego a Villa Cisneros a consecuencia de los sucesos del 10 de agosto de 1932. Al trazar ahora la crónica de su deportación, hace protestas del espíritu imparcial que ha de guiarle. «... No he de mojar la pluma—advierte—más que en las aguas de la verdad vista por mí, o de la verdad ajena, escrupulosamente depurada y contrastada.» El libro en que recoge sus recuerdos y observaciones consta de tres partes, en la primera de las cuales se da una lista de los deportados, haciendo historia de su detención, y siguiendo sus peripecias hasta que embarcan en el «España número 5», con rumbo a Villa Cisneros. El cronista concede particular atención, en esta primera parte de la obra, a la vida que él y sus compañeros llevaron en la cárcel, consignando incidencias y anécdotas curiosas, como es el episodio referente a la confección de un periódico carcelario—*La Hora de la Verdad*—, redactado y compuesto por los detenidos. La segunda parte está consagrada principalmente al desembarco de los deportados, a sus primeras impresiones del lugar a que iban destinados, sintiendo como el mayor dolor la constante incertidumbre en que vinieron a hallarse desde el instante de su detención y encarcelamiento. La parte tercera constituye propiamente las memorias de la deportación; en ella se narra la vida que hacían en Villa Cisneros los deportados, su organización y ocupaciones, etc. Por último, en capítulo aparte, el autor se ocupa de la evasión de los veintinueve deportados que lograron huir de Villa Cisneros el 31 de diciembre de 1932. En un apéndice se incluyen: la relación de los gastos hechos de su bolsillo por los deportados para subsanar las deficiencias de su instala-

ción; la reproducción fotográfica de una carta de Doña Cristina y Doña Beatriz de Borbón, y varias fotografías fuera de texto. [135]

*

FRANCO BAHAMONDE (Ramón).—*Decíamos ayer...*—Tipografía Maucci. Mallorca, 166-168.—Barcelona.—479 páginas, 8.°.—(S. p)

En este libro corrige y amplía el comandante Franco una de sus obras anteriores—*Madrid bajo las bombas*—, que califica de «especie de *cock-tail* de vuelos y conspiraciones», escrita por él en el destierro, en febrero de 1930, y publicada poco después «con el sólo fin de recaudar fondos para atender a los emigrados y para ayuda de la revolución». Triunfante ésta, al cabo de dos años de República, *Decíamos ayer...* sale a luz, constituyendo la detallada relación de las andanzas políticas de su autor desde su ruptura con el rey y la Dictadura, en 1929, pasando por su encarcelamiento y su sensacional fuga de Prisiones Militares, y su intervención en el intento revolucionario del 15 de diciembre de 1929, en que Franco voló sobre Madrid, arrojando proclamas desde su avión; siguen el relato de su huída al extranjero, su actividad en París y en Bélgica, su regreso a España una vez proclamada la República, su gestión como jefe de la Aviación, y, por último, sus disensiones y su separación definitiva respecto de los gobernantes republicanos y socialistas, a los que hace objeto de duros ataques y acusaciones. [136]

*

RIVAS SANTIAGO (Natalio). — *Políticos. gobernantes y otras figuras españolas.*—Páginas de mi archivo y apuntes para mis memorias.—Prólogo del Dr. Gregorio Marañón.—I.—Primera edición.— Francisco Beltrán, Librería Española y Extranjera.—Príncipe, 16.—Madrid.—281 páginas, 8.° m.—Pesetas 10.

El subtítulo puesto por D. Natalio Rivas a su obra—*Páginas de mi archivo y apuntes para mis memorias*—indica ya desde la cubierta del volumen el doble carácter de su contenido. De una parte, el autor acude a sus archivos, a su colección de documentos, y extrae de ellos datos nuevos o curiosos, con ayuda de los cuales traza el retrato de una figura española o algún episodio de nuestra historia poco conocido. Su galería de retratos y cuadros históricos se enriquece así con figuras de políticos, gobernantes y

otros grandes españoles, y con sucesos del siglo XVIII (desde el reinado de Carlos III) y de los dos primeros tercios del XIX. Por otra parte, en fin, con los *apuntes para mis memorias*—entremezclados con los restantes escritos de que el volumen se compone—, pone a contribución el Sr. Rivas sus recuerdos personales, completando esta primera serie de figuras españolas con las de políticos y escritores más cercanos a nuestros días, como Sagasta, Salmerón, Burell o Cavia. En el prólogo, el Dr. Marañón estudia las causas de «el gusto actual de los lectores de todos los países, por la literatura histórica», y señala la posición, que califica de «especialmente aleccionadora»—«liberal de siempre... pero detenido correctamente en el umbral de su ideología liberal; hosco, pues, por razón temperamental y por impulso de las circunstancias, ante los excesos revolucionarios como ante la rigidez arbitraria de la disciplina fascista...»—, del autor, cuya semblanza traza a continuación. [137]

LÓPEZ PRUDENCIO (J.).—[A B C. *Madrid, 16 de julio de 1933.*]—«*... No están colocadas las narraciones por orden cronológico. Forman así una amena miscelánea, que el lector saborea sin fatiga, pasando de unos a otros escenarios cronológicos, con gustosa variedad de ambientes y climas espirituales.*

»*Don Natalio Rivas es un verdadero maestro en el arte de la evocación. Curioso acopiador de noticias, de documentos, de referencias, y claro conservador de detalles y matices de cuantas escenas y cuantos acontecimientos ha vivido, dispone de una insuperable destreza para manejar esos materiales en la confección de estos encantadores cuadros, que permiten al lector, contemplándolos, trasladarse al momento en que fueron realidad viviente y tangible.*

»*Hay entre ellos algunos—los que el escritor ha vivido, sobre todo—que dan la sensación plena de lo real, revivido con exacta plasticidad y fiel exactitud. No se siente sólo la objetiva fidelidad de la reproducción, sino que, además, se ve la escena, el suceso, con la luz de su momento; porque el narrador, actor o testigo, prosigue viviéndolo, sin que el andar de los años haya tenido eficacia para modificar la tonalidad ideológica que envolvió al suceso en actores y espectadores.*

»*Nuestro escritor, en estas narraciones, nos da no sólo el hecho, sino la visión y apreciación que de él tuvieron sus contemporáneos...*»

I) TEMAS CONTEMPORÁNEOS

MARINÉ (Enrique).—*El momento de España*—visto por—Alba, Alvarez (Melquiades), Besteiro, Calvo Sotelo, Carabias, Castrillo, Companys, Domingo (Marcelino), Feced, Franchy Roca, Gil Robles, Goicoechea, Hidalgo (Diego), Largo Caballero, Lerroux,

Marañón, Martínez de Velasco, Nin, Ossorio y Gallardo, Pildain, De los Ríos, C. de Romanones, Unamuno, Vallina y Ventosa.—M. Aguilar, editor.—Marqués de Urquijo, 43. Madrid.—1933.—191 páginas, 8.°—Pesetas 4.

Considerándose promotor más que autor de su libro, el Sr. Mariné explica en unas cuartillas «a manera de prólogo» los motivos que le movieron a componer su obra y sacarla a luz. Intensamente preocupado, como todo español—dice—, por la suerte de su patria, y sintiéndose, por otra parte, sin autoridad para hablar por su cuenta sobre el tema que así le inquieta, ha preferido acudir, pidiéndoles su parecer, «a los hombres más sobresalientes en este aspecto (el político) de la vida nacional», los cuales «son, sin disputa, quienes con más derecho y más libremente pueden exponer sus juicios y sus pronósticos acerca de los asuntos públicos». Formado con este criterio, a base de una serie de consultas hechas a personalidades eminentes, toma deliberadamente el libro, de la primera página a la última, carácter de reportaje. En él se pretende auscultar la actualidad pública española y las consecuencias que en un próximo futuro han de derivarse de ella. Con este fin, el autor somete a sus preguntas a hombres de las más opuestas significaciones: políticos gubernamentales, jefes de minorías de oposición o figuras que en la oposición se han destacado, intelectuales apartados de toda bandería política, como Unamuno o Marañón, componiendo así el cuadro completo de tendencias que integran el momento político actual de España, cuya síntesis queda al cuidado del lector atento. Por lo que se refiere a algunas figuras cuyas respuestas pudieran echarse de menos—D. José Ortega Gasset, D. Felipe Sánchez Román, D. Manuel Azaña, entre otros—, el autor expone, en las susodichas páginas «A manera de prólogo», las causas que le han impedido incluir en su obra las opiniones de los hombres públicos ausentes de ella. Cada consulta o interviú va encabezada con unas breves líneas, a modo de guión, que resumen claramente sus rasgos esenciales. [138]

*

ZAMARRO (Alejandro).—*Precursores de la República. Los sucesos de Ciudad Real, por un condenado a muerte.*—Primera edición.—Madrid, 1933.—292 páginas, 8.°—Pesetas 5.

En la introducción a su obra declara el autor paladinamente que él no es escritor, sino «un hombre sincero que rinde culto a la verdad». Convencido de que cuantos hayan sido víctimas de injustas persecuciones por parte de la Dictadura deben alzar su voz y lanzar su piedra contra los dictadores y quienes con ellos colaboraron, a ese fin responde, en primer lugar, el libro que ahora pu-

blica, y que escribió hace un lustro, en los días de su prisión. Pero otro objeto le mueve, y en la misma medida que el ya expresado: explicar, justificar la actitud de sus compañeros de Arma, los artilleros, en los años de la Dictadura, defendiéndose, primeramente, de las rencorosas acometidas del dictador, y alzando al fin, francamente, bandera de rebelión contra la tiranía. El autor, que tomó parte activa en los acontecimientos que dan título a su obra, fué por ello encarcelado, condenado a muerte y, conmutada luego esta pena por la de ocho años de reclusión, amnistiado al encargarse del Gobierno el general Berenguer. Pero más que recordar sus propios hechos y los agravios que como ciudadano y como militar recibió, le importa hacer historia de la actuación del Cuerpo de Artillería, a que pertenece, en tres momentos del período dictatorial que marcan otros tantos jalones en la lucha del pueblo español por recobrar su libertad. A cada uno de esos tres momentos o episodios está consagrada una parte del libro. Iníciase la primera de ellas con un «resumen histórico de la artillería española», apostillado con una serie de consideraciones sobre la importancia de dicha Arma y su significado a lo largo de nuestra historia militar. Estúdiase a seguida lo que se llamó «el pleito artillero», cuya consecuencia inmediata fué el movimiento de rebeldía de los artilleros contra la Dictadura, en septiembre de 1926. La segunda parte de la obra está dedicada a la *Rebelión de los alumnos de la Academia de Artillería, o causas que anticiparon el movimiento revolucionario del 29 de enero de 1929.* Porque no se trata de movimientos independientes entre sí. Sofocada la que pudo empezar como protesta aislada de un Arma contra quienes trataban de privarla de derechos tradicionalmente reconocidos—derechos, y no privilegios—, el descontento latente entre los artilleros cobra cada vez mayores bríos y se funde con el ansia unánime de libertad y legalidad del pueblo español. Buena prueba de ello son los acontecimientos reseñados en la tercera y última parte de la obra del señor Zamarro. Como es sabido, al frente del movimiento que había de iniciarse en Valencia, contra la Dictadura, el 29 de enero de 1929, se puso D. José Sánchez Guerra, desembarcando en la citada ciudad en la noche del 28 al 29 de enero. La guarnición, no obstante los compromisos suscritos por sus jefes, se vuelve atrás. En vista de ello, D. José Sánchez Guerra se entrega a las autoridades. Las guarniciones de otras ciudades se comportan lo mismo que la de Valencia. Fuera de algún chispazo aislado e infecundo en consecuencias, solamente en Ciudad Real—donde a la sazón se encontraba destinado el autor del libro, desde antes de esa fecha enemigo declarado de la Dictadura—se encuentran hombres resueltos a cumplir sus compromisos y echarse a la calle para devolver a España sus libertades. En esta parte de su obra estudia detenidamente el Sr. Zamarro la intervención de las provincias en el movimiento, la preparación y desarrollo de los sucesos, al final de los cuales, reducidos a prisión los sublevados, no vacila el dictador en

inducir a la indisciplina a los soldados de la guarnición de Ciudad Real, incitándoles a que prendan y aun fusilen a sus jefes. Juzga a éstos un Consejo de guerra, que condena a muerte a unos, a reclusión perpetua a otros, a penas menores a un reducido número de ellos, y absuelve al resto. Por espacio de un mes pende la sentencia sobre los condenados a muerte. Al fin se les nombran nuevos defensores. Vista nuevamente la causa ante el Tribunal Supremo, éste rebaja la cuantía de las penas. Al autor de *Los sucesos de Ciudad Real,* condenado a muerte, se le conmuta la pena, como ya queda dicho, por la de ocho años de reclusión. La caída del dictador trae al Gobierno al general Berenguer, que concede una amnistía, de que benefician, después de todos los trabajos por que han pasado, los procesados por los sucesos de Ciudad Real. Con su salida de prisiones y su viaje a Madrid—en cuyo trayecto fueron entusiásticamente aclamados por el pueblo, que al fin se veía libre de la Dictadura y se disponía a acabar, un año más tarde, en unas simples elecciones municipales, con la monarquía, implantando la República—, cierra su libro el Sr. Zamarro. [139]

PUBLICACIONES PERIÓDICAS DEL CENTRO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS

REVISTA DE FILOLOGÍA ESPAÑOLA

DIRECTOR: R. MENÉNDEZ PIDAL

PRECIOS:

ESPAÑA, 20 pesetas año. EXTRANJERO, 22 pesetas año.

Se publica en cuadernos trimestrales, que forman al año un tomo de unas 450 páginas. Van publicados dieciocho volúmenes, 1914-1931.

ARCHIVO ESPAÑOL DE ARTE Y ARQUEOLOGÍA

DIRECTORES:

M. GÓMEZ MORENO Y E. TORMO MONZÓ

PRECIOS:

ESPAÑA, un año, 30 pesetas. PORTUGAL y AMÉRICA, 35 pesetas.
Otros países, 40 pesetas. Número suelto, 15 pesetas.

Se publica en cuadernos cuatrimestrales.

ANUARIO DE HISTORIA DEL DERECHO ESPAÑOL

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN, 22 pesetas; número suelto, 25 pesetas.

Todas estas publicaciones están editadas por el Centro de Estudios Históricos. - Medinaceli, 4. - Madrid.

S. Aguirre, impresor.—General Alvarez de Castro, 40.—Teléfono 30.366.